

Majestad,

Sr. Ministra de Empleo y Seguridad Social,

Sr. Presidente de Patrimonio Nacional,

Sr. D. Nuno Júdice,

Autoridades, miembros del jurado del premio Reina Sofía de poesía iberoamericana,

Queridos amigos de la Universidad de Salamanca,

Señoras y señores:

Cuando recibí los primeros datos acerca de Nuno Júdice, nuestro premiado de este año, sentí una alegría semejante a la que nos da el comité de los Nobel cada diez o quince años cuando premia a algún escritor que nos suena vagamente familiar. Soy profesor de geometría y al ver que ha escrito libros como *Crítica Doméstica de los Paralelepípedos* o *Geometría Variable* pensé de inmediato que por fin el jurado otorgaba el premio a alguien próximo.

Naturalmente hablo en broma, o quizá no, porque como dijera Freud las bromas suelen contener algo que ciertamente pensamos.

Porque ¿qué científico no se sentiría identificado con unos versos como los que abren esta antología?

*Gosto das palavras exactas, as que acertam  
com o centro das coisas, e quando as encontro  
é como se as coisas saíssem de dentro delas.*

*Me gustan las palabras exactas, las que aciertan  
con el centro de las cosas, y cuando las encuentro  
es como si salieran de sus mismos adentros.*

Palabras exactas, palabras precisas, como las que buscamos, permítanme el parangón, los matemáticos en nuestro intento de comprender los problemas, de encontrar el punto de vista desde el que, más que resolverse, se disuelven, por cuanto *hemos acertado con el centro de las cosas*, encontrado así la luz que deshace la oscuridad para el intelecto que les da, precisamente, su naturaleza de problemas. Y es en esos casos, cuando el matemático que está entendiendo un problema, o definiendo un nuevo tipo de objeto geométrico, o creando una nueva teoría, cuando siente como si más que el autor de esas ideas que pudieran parecer suyas, es simplemente un instrumento para alumbrarlas.

Pasan las teorías, las cosas, a través del hombre en trance creador, casi a su pesar, con dificultad, por necesidad imperiosa de la verdad que se abre paso; más que de su boca o de su pluma, incluso más que de su intelecto, es como *si las cosas salieran de sus mismos adentros*, como nos dice Nuno Judice en los versos que he leído.

Esos versos son, en consecuencia, toda una lección para un científico, para un profesor; pero también para un ciudadano consciente del tiempo en el que vive. Demasiadas veces en los últimos tiempos se cita en la prensa la neolengua de Orwell, demasiadas veces somos testigos de esas trampas del lenguaje que llevan a decir *racionalización* en lugar de *recortes*, *movilidad exterior* en lugar de *emigración* o *flexibilidad* en lugar de *despidos*. Hasta una de las criaturas de ficción de Nuno Júdece se suma a ese juego. Cierta personaje de una de sus novelas, una inspectora del Fondo Monetario Internacional, visita los antiguos países del este enseñando, según dice, la democracia, cuando en realidad les instruye sobre la dictadura darwinista de los mercados.

Palabras exactas, palabras precisas, cómo no recordar ahora aquel verso de Juan Ramón Jiménez: “¡Intelijencia, dame el nombre exacto de las cosas!”, inteligencia, que el poeta heterógrafo escribía con jota. Y cómo no concluir que Nuno Júdice, tan cercano a Juan Ramón en lo geográfico (apenas 189 kilómetros les separan), y mucho más aún en su cordura poética, sabe efectivamente el nombre exacto de las cosas. Sus versos, como su narrativa o sus ensayos, transmiten esa sensación de precisión quirúrgica, de que nada falta o sobra, de que parece imposible decir más con menos. Y esa cualidad por sí misma, la misma con la que los antiguos griegos nos enseñaron a escribir la geometría, justificaría para mí ese sentimiento de proximidad con él del que hablaba, más allá de su frecuente uso de metáforas geométricas de círculos y esferas.

Pero hay algo más. Nuestra cultura se ha debatido siempre entre el pesimismo y el optimismo. Generalmente el pesimismo rechaza a su opuesto tildándolo de ingenuo y diciendo que nada puede hacerse por cambiar las cosas. Podemos representar esa lucha con dos modelos literarios: Don Quijote no ve límites a sus

posibilidades mientras está oficialmente loco. En él la cordura se liga al retiro y a la muerte, a la renuncia a seguir luchando.

*Señores -dijo don Quijote-, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fui loco, y ya soy cuerdo.*

Por contra, Macbeth, víctima de esas trampas del lenguaje de las que hablaba, en el momento en que descubre la verdad y decide que nada está escrito, que no hay un destino inexorable, dice:

*Yet I will try the last. Before my body  
I throw my warlike shield. Lay on, Macduff,  
And damn'd be him that first cries, 'Hold, enough!'*

es decir:

*Aún intentaré lo último. Ante mí  
arrojo mi escudo. En guardia, Macduff  
Y maldito sea quien primero diga ¡Basta!*

Decía que nuestra cultura siempre se ha debatido entre estos dos arquetipos y, naturalmente, los momentos de crisis son propicios al desaliento; pero creo que a la ciencia le corresponde asociarse al optimismo. Decía el famoso astrónomo y novelista Arthur C. Clark que cuando un científico dice que un problema no tiene

solución, generalmente se equivoca, y cuando dice que sí la tiene, generalmente acierta. Por eso creo que prefiero la cordura de Macbeth, y hasta la locura de don Quijote, que la resignación; por eso no es momento de rendirse; por eso me agrada recitar su poema:

*Esperanza*

*Después de un día de lluvia, un día  
de lluvia. La secuencia lógica del tiempo  
se manifiesta en el cielo gris; pero,  
un brillo de sol se adivina, tras  
las nubes, y el hombre espera  
que después de la lluvia venga el sol y que  
el sol apague el gris de las nubes.*

*El tiempo, así, nos da la imagen  
de lo que podemos esperar, y nos ayuda  
a vivir, en estos días de lluvia, el frío  
sentimiento del invierno: como si el sol  
y la lluvia no fueran parte  
de ese mundo natural, que miramos*

*como si fuese un espejo del alma.*

*Las nubes no se preocupan  
por eso; y van cubriendo, a medida  
que la tarde avanza, la esperanza  
del verano. Solo los pájaros, batiendo  
las alas contra el cielo, nos dicen  
que después del tiempo otros tiempos  
vendrán, más allá de nosotros.*

*Y la breve alegría de su vuelo  
es un rayo de sol en este día de lluvia.*

Muchas gracias, Nuno Júdice, por sus muchas lecciones. Gracias por esta *Esperanza*, gracias por enseñar que hay una forma de optimismo inteligente que no es la estúpida creencia de que todo irá mejor porque sí, sino por nuestro compromiso de trabajar porque así sea.

Muchas gracias.